

LA ILUSTRACION CATOLICA

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

DIRECTORES

LITERARIO RELIGIOSO
D. VALENTIN GOMEZ D. FRANCISCO CAMINERO

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la	»	»
Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Madrid 21 de Agosto de 1878

NÚMERO 7.º

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por D. Valentin Gomez.—La edad de piedra, por D. Juan Catalina García.—La Catedral de Palencia, por don Pedro Saldaña.—El castillo de terciopelo, novela de Paul Féval, traducida por doña Balbina Antúnez.—Movimiento religioso.—Epigramas.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS: Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. Anastasio Rodrigo Yusto, Arzobispo de Burgos.—El Valle de Josafat.—La Catedral de Palencia.

NUESTROS GRABADOS

Excmo. é Ilmo. señor D. Anastasio Rodrigo Yusto, Arzobispo de Burgos.—Nació este esclarecido prelado en el Burgo de Osma, provincia de Soria, el 15 de Abril de 1814, y mostró desde los primeros años de su vida, además de una gran delicadeza de sentimientos que anunciaba sus futuras virtudes, una inclinación marcadísima al estudio de las letras. A los doce años terminó los cursos de latin y humanidades, pasando al colegio de Osma á recibir lecciones de filosofía. Resuelto, por irresistible vocación, á seguir la carrera sacerdotal, entró de alumno interno en el mismo colegio, donde estudió con notable aprovechamiento los cuatro años de instituciones teológicas. Pasó luego á Valladolid á ampliar sus estudios, en cuya Universidad brilló

tanto por las prendas de su carácter, como por las dotes de inteligencia y aplicación que le distinguían. A los 22 años terminó la carrera de teolo-

Dedicóse á la enseñanza, para la cual tenía particularísima aptitud, ocupando sucesivamente las cátedras de filosofía, teología y cánones en el seminario conciliar del Burgo de Osma, y luego la de teología en la Universidad central de Madrid, donde estuvo por algun tiempo encargado de la Biblioteca.

Desde 1838 hasta el 52 estuvo dedicado á la enseñanza el señor Rodrigo Yusto. Conociendo el Nuncio de Su Santidad, monseñor Brunelli, las excelentes cualidades de tan ilustrado sacerdote, nombróle teólogo y examinador de la Nunciatura Apostólica, desempeñando luego el cargo de Juez eclesiástico de Madrid.

En 1852 fué agraciado con una canongía de la catedral de Burgos: al año siguiente con el nombramiento de Auditor de número del tribunal de la Rota, y por fin, en 1857, presentado por el Gobierno español para la Silla de Salamanca, fué preconizado por Su Santidad en 25 de Setiembre del mismo año.

Estuvo en Roma, con motivo de la canonización de los mártires del Japon, y á su regreso se le designó para ocupar la Silla de Barcelona, pero la rehusó con tales instancias, que el Gobierno las satisfizo, no sin concederle la gran cruz de Isabel la Católica y

el nombramiento en 1854 de senador vitalicio del Reino, distinciones, por supuesto, que el Reve-

EL EPISCOPADO ESPAÑOL



EXCMO. É ILMO. SR. D. ANASTASIO RODRIGO YUSTO, ARZOBISPO DE BURGOS

gió y comenzó la de derecho, haciéndose despues doctor en aquella facultad y licenciado en ésta.

Ayuntamiento de Madrid

rendo Prelado apreciaba bastante menos que el amor de sus diocesanos salmantinos, los cuales no supieron cómo manifestar su pena cuando, á los diez años de ocupar aquella Silla y á los pocos meses de estar encargado de la administracion apostólica de Ciudad-Rodrigo, fué el Sr. Yusto promovido á la Sede metropolitana de Burgos, cargo que tuvo que aceptar despues de haberlo rehusado varias veces con empeño.

El Sr. Yusto, en Burgos como en Salamanca, ha sabido conquistarse el respeto, la veneracion y el afecto de los fieles que ven en su Pastor un vivo ejemplo de todas las virtudes.

Asistió al Concilio Vaticano, donde fué nombrado individuo de la Diputacion de Disciplina Eclesiástica, y dejó oír su elocuente palabra en la Congregacion 76.^a

El Sr. Arzobispo de Burgos ha levantado siempre su autorizada voz en defensa de los intereses de la Iglesia y en contra de todas las doctrinas hostiles al Catolicismo.

El valle de Josafat.—Este célebre valle, donde, segun la tradicion católica, se celebrará el juicio final, cuando toda carne haya resucitado y la familia humana vea llegar al Divino Juez de vivos y muertos, está situado cerca de Jerusalem y recibe tambien el nombre de valle de Cedron ó de Silvé.

Llámase de Josafat, porque este príncipe de Judá derrotó allí á los mohabitas y á sus aliados.

La Catedral de Palencia. (Véase la página 52.)

REVISTA DE LA SEMANA

No extrañará á mis lectores que, dominado todavía por la impresion de mi rápida visita á Avila, les hable un poco de aquellos monumentos que, si á las personas inteligentes admiran por la belleza de sus formas ó la ciencia de su construccion, al profano, como yo, asombran y conmueven, ya porque lo bello se impone á todo el mundo, ya porque no hay nada para mover el ánimo comparable con ese mudo lenguaje de los siglos que cuentan su historia en inmortales páginas de piedra.

Despues de visitar la catedral, con su ábside interior románico, donde se ve el magnífico sepulcro del famoso Alonso de Madrigal (el Tostado), Obispo que fué de aquella diócesis, con su elegantísima sacristía, y con su ábside exterior, fortificado y almenado como un castillo, desde donde los avileses presentaron á la vista del Rey de Aragon D. Alfonso el Batallador, á D. Alonso VII, niño de corta edad, que se guardó y educó en la misma iglesia, para heredar los Estados de su liviana madre doña Urraca, el viajero debe visitar los dos templos de San Vicente y San Pedro, obras admirables, algo anteriores á la catedral, de estilo románico, con bóvedas ojivales, aunque el origen de su fundacion proceda de los primeros siglos del Cristianismo.

La severidad de esos templos que han visto pasar por delante de sí tantas y tan revueltas épocas, permaneciendo ellos en pie como grandiosas manifestaciones de la inmortal fé católica, parece que despierta en el espíritu la idea de su propia inmortalidad, rodeada de todos los misterios que nos esperan al otro lado de la tumba.

En San Vicente da mayor realce á estas sombrías y angustas impresiones el suntuoso sepulcro que se levanta á un lado del altar mayor, que contiene los cuerpos de los tres hermanos mártires San Vicente, San Sabino y Santa Cristeta, á quienes está dedicado el bellísimo templo.

Al lado opuesto, ábrese en el suelo una escalera que conduce á la cripta donde se rinde culto á la imagen de la Virgen Santísima, llamada de la Soberana, y cuya antigüedad es tal, que se atribuye nada menos que al tiempo de los Apóstoles.

Cuéntase que San Fernando no comenzaba ninguna de sus gloriosas y afortunadas empresas, sin encomendarse fervorosamente á aquella santa imagen, cuya intercesion no han implorado jamás en vano los católicos avileses.

En el vestíbulo de este templo se ven por todas partes sepulcros de las antiguas familias nobles de Avila, que tenían el buen gusto de enterrarse bajo las bóvedas ó á la entrada de las iglesias, y no en esos ridículos estantes de que hoy se componen

nuestros tristísimos y desolados cementerios, verdaderos almacenes de carne muerta.

Más lejos de la poblacion, y á la parte del Mediodía, se yergue la hermosa fábrica de Santo Tomás, grandioso monasterio gótico, debido á la piedad de los Reyes Católicos, que hicieron de aquel sitio residencia real, y al mismo tiempo sepulcro de su amado hijo D. Juan, muerto en la primavera de la vida.

En Santo Tomás todo es bello y original y digno de sus ilustres fundadores; la portada, la gran nave, el presbiterio, que se levanta sobre un arco que parte de las dos columnas del crucero, el coro, con su maravillosa sillería, que parece hecha de encaje y puede competir con las mejores del mundo, los claustros, los anchurosos patios, la escalera principal, todo enamora al artista, asombra al curioso y regocija al cristiano, y más cuando bajo aquel preciado monumento y alrededor de la tumba del Príncipe D. Juan, construida en el centro del crucero, se ve, como yo he visto, á una numerosa comunidad de frailes dominicos celebrando los oficios divinos con aquella solemne y magestuosa grandeza tan propia del aspecto y de las reglas de esas comunidades, á que debe el mundo la mayor parte de su saber y de su cultura.

La restauracion de ese gran monasterio, que la barbárie revolucionaria habia poco menos que aniquilado, ha sido dirigida por el hábil y joven arquitecto municipal de Avila, Sr. Lázaro, querido amigo mio, de cuyo talento tendrán dentro de poco pruebas incontestables los lectores de LA ILUSTRACION.

Pero al hablar de barbárie, de la barbárie de esos que se llaman apóstoles de la civilizacion moderna y sacerdotes del progreso, no puede uno menos de volver los ojos, preñados en lágrimas, hacia el convento de San Francisco, en la misma poblacion, y situado al Norte de la carretera de Madrid.

Aquellas ruinas no se pueden mirar sin profunda indignacion. Aquel hermoso templo, destrozado y convertido en corraliza y depósito de yerba; aquellas grandes lápidas mortuorias arrancadas de su sitio y vendidas no pocas de ellas para empedrar algunas aceras de la ciudad; aquellos claustros deshechos; aquellas paredes sembradas en pedazos por el suelo, forman un doble monumento de la cultura de los siglos cristianos y de la brutalidad de este siglo de charlatanes y Atilas.

Si la época actual no tuviera otro crimen que el haber puesto su mano sacrilega en esas obras magníficas de la piedad y del arte, bastaria eso sólo para colocarla entre las más desventuradas y vergonzosas de la historia del género humano.

¡Ah! los turcos, al apoderarse á viva fuerza de Constantinopla, respetaron la gran Basílica de Santa Sofía, y aunque profanada por el hediondo culto de Mahoma, consérvese, sin embargo, de manera que algun día puedan resonar bajo sus hermosas bóvedas los cánticos en alabanza del verdadero Dios hecho Hombre.

Pero los revolucionarios del siglo XIX, menos cultos y más fanáticos que los otomanos del siglo XV, han mostrado particular empeño en destruir las obras de arte, sólo porque estaban consagradas á la Religion.

¿Cómo es posible, Dios mio, que sobre la frente de esos salvajes se haya derramado el agua del bautismo? ¿Cómo es posible que hablen nuestra propia lengua y habiten en nuestras mismas ciudades y vivan en nuestras mismas calles y en nuestras mismas casas? El odio á la verdad en los que dentro de la verdad han nacido ¿ha de ser más violento que el de los hijos del desierto, destinados, desde remotísimos tiempos, á hacer perpétua guerra á sus hermanos?

Durante la secular epopeya de la reconquista, los moros tomaban y dejaban las ciudades cristianas, y pocas veces, á pesar de las costumbres groseras de aquel tiempo, cometían con las iglesias los atropellos que ha cometido la revolucion del siglo XIX. Convertíanlas en mezquitas, como los cristianos convertían sus mezquitas en templos, y de esta suerte se guardaba, á lo menos para el arte, lo que el arte habia producido.

Hoy ¡parece imposible! donde quiera que la revolucion triunfa, cualquier cristiano tiene que echar de menos las victorias de los moros.

Muy acostumbrados estamos, desgraciadamente, á presenciar ruinas de obras notables de las eda-

des pasadas; pero el aspecto de San Francisco de Avila es tal, que pocos espectáculos más desconsoladores pueden ofrecerse á la consideracion de un hombre culto.

¡Quiera Dios que algun día admiremos en San Francisco una restauracion semeiante, si es posible, á la que hemos admirado en Santo Tomás!

Despues de esto ¿qué voy á contar á mis lectores de lo que pasa en Madrid ó de lo que pasa en Europa?

En Madrid se advierte una grandísima falta de gente, que produce, como es natural, una completa desanimacion en los sitios más concurridos por los desocupados.

No hay remedio: es preciso tomar aguas ó baños, y cuando no, marcharse, aunque á Pozuelo, huyendo de esta atmósfera de polvo, gas y barro de Lozoya, que se forma en Madrid á 35 grados sobre cero.

En la semana pasada se me olvidó decir que hubo un ajusticiado; Angel Ursúa, cómplice del asesinato cometido en la persona de la viuda del general Pierrad. El Ursúa murió arrepentido cristianamente y confiado en la infinita misericordia de Dios.

En Paris ajusticiarán tambien dentro de poco á los jóvenes estudiantes Lebiez y Barré, que asesinaron á una pobre lechera por robarla, descuartizándola despues para borrar las huellas del crimen.

Esos jóvenes se distinguían por sus ideas materialistas, y hace muy poco que Lebiez hizo una profesion de fé republicana y atea, que está en perfecta consonancia con su manera de proceder.

La verdad es que si ciertas gentes fueran lógicas, el mundo se convertiría bien pronto en una inmensa habitacion de fieras: porque es inútil pensar que la idea de Dios justiciero puede ser sustituida por el tricorno de la guardia civil.

Desterrada la idea de Dios, los criminales se organizarían con más perfeccion quizá que la misma fuerza pública, concluyendo por vencerla en el terreno de las armas y en el terreno de la lógica.

Si hay algun resorte verdaderamente eficaz para gobernar y moralizar á los pueblos, es el resorte de la Religion. Fuera de él no hay más que crimen y barbárie; crimen en el individuo, barbárie en la Sociedad.

A ese punto quiere llevarnos la corriente de las nuevas ideas, proclamadas con cierto aparato por la partida republicana de Naval Moral, que ha vivido lo que viven las rosas... y las partidas republicanas.

En el resto de la península, como decíamos en otro tiempo, no ocurre novedad; ni en el resto de Europa tampoco.

VALENTIN GOMEZ.

LA EDAD DE PIEDRA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CERRALBO

En dias anteriores he señalado, mi buen amigo, la especie de reaccion promovida entre los hombres de ciencia por las exajeraciones de aquellos arqueólogos y geólogos para quienes la antigüedad del mundo y de la vida humana es anterior á los más holgados cálculos.

Fergusson, Hamard y otros parece como que se han propuesto amenguar aquellas exajeraciones procediendo con un comedimiento y cautela excesivos, y prefiriendo, como se dice, más pecar de prudentes que soltar irreflexivas prendas. Hacen bien; pero tanto puede oponerse á los progresos de las ciencias históricas una imaginacion alborotada como un escepticismo sin fundamento.

M. Alejandro Bertrand sigue un término medio. En una interesante y celebrada conferencia que en Abril último dió á la Asociacion científica de Francia, insistió en las opiniones ya expuestas en su último y notable libro sobre arqueología céltica y gala. Este escritor consideró en dicha conferencia los restos de las poblaciones primitivas de la Europa occidental hacia el siglo IV antes de nuestra era, y estableció de nuevo la línea divisoria que, partiendo de Marsella hacia los países del Norte de Francia, los separa en dos regiones: al

Norte y Oeste la de los dolmenes: al Sur y Este la de los túmulos. Según M. Bertrand, los dolmenes son más antiguos y fueron obra de los celtas, como los túmulos de los galos. Por eso, dice, se encuentran en éstos más objetos de la edad de los metales. Los galos triunfaron al fin de los celtas, invadieron y conquistaron al fin su país y acabaron con ellos. De todos modos, el célebre anticuario se aparta de los autores más entusiastas para acercarse a nosotros los pueblos cuyos monumentos estudiamos, y que tan grande interés histórico y artístico nos ofrecen.

Cualquiera que sea su fecha, estos monumentos son los primeros frutos del arte arquitectónico en estas regiones occidentales y centrales de Europa. Fuera las grutas y cuevas naturales la primera habitación del hombre: corresponda en esto la primacía a las excavaciones hechas en las faldas de colinas y montañas, ó aceptemos como primera habitación la tienda de pieles ó los huecos troncos de los grandes árboles, al cabo resultará que los primeros ensayos de la arquitectura primitiva son los restos megalíticos que hemos de describir hoy. Singular manera de empezar la historia del arte la de aquellos hombres que movían las grandes piedras que constituyen las construcciones megalíticas! Innegable es también que sus constructores gozaban de cierta cultura, quizá muy alejada del atrasadísimo estado de los hombres de la piedra tallada y del kiokenmodingo.

Hé aquí los principales monumentos megalíticos, ó sea formados por grandes piedras:

Menhir ó pelvan.—En el orden de sencillez de los monumentos megalíticos, ninguno debe ocupar el primer puesto mejor que éste, pues consiste en un monolito, por lo común prismático, y fijado verticalmente en tierra. Su altura varía en extremo, pues se encuentran desde un metro hasta veinte, como el célebre y ya casi destruido de Locmariaquer, en Bretaña. Aplícaseles por regla general el nombre de menhir, pero en cada provincia ó localidad se les llama de otras maneras, que por lo común se reforman con los orígenes ó destino que el vulgo les atribuye. (1) Unos de ellos son esbeltos, prismáticos, de caras regularmente talladas: son otros piedras toscas en que no puso jamás su mano el hombre, sino para fijarla en la posición vertical. A veces es menor su diámetro en la base que en la cúspide, y con frecuencia se tendrá por piedra natural el rústico menhir fijado en tierra por las tribus célticas en época remotísima y con propósito aún ignorado.

Importaría mucho desvanecer las dudas que los arqueólogos tienen sobre el origen y destino de estos monumentos, que siempre han movido la curiosidad de las gentes. Causa verdadero asombro el pensar en los medios de que se servirían aquellos hombres de la antigüedad primitiva para elevar estas moles de piedra, y se busca, como es consiguiente, el fin de tales afanes, sin que hasta hoy pueda aceptarse en redondo ninguna explicación de las muchas inventadas. Entienden unos que eran como cubiertas de las tumbas, semejantes á los monolitos usados todavía en cementerios musulmanes: suponen otros autores que eran verdaderos monumentos de gloria y de recuerdo, como las columnas triunfales y *rostratae* de los romanos: representan acaso, según éste, la divinidad; mientras, según aquel, eran simples señales de términos, rústicos hitos que partían las lindes de comarcas y pagos, opinión hoy casi del todo abandonada. El estudio de las poesías de Fingal y Ossian da autoridad á todas estas opiniones; mas, por ser á todas, no se la deja á ninguna.

Los habitantes de las comarcas en que se hallan estos menhires suelen mirarlos con cierto respeto supersticioso, todavía no borrado después de largos siglos. En la Edad Media era tal este respeto, que se convertía en culto, lo que obligó á la Iglesia á ocuparse en este asunto y á dictar algunas reglas disciplinarias. A esto obedece sin duda que la

cruz de Cristo corone al presente algunos menhires, ó esté esculpida sobre una de sus caras. Ya antes de nuestra era se apropiaron estos monolitos á otros usos diferentes de los que les dieron origen: así, en uno de la orilla del río Clain se lee una inscripción gala; en cambio, el de Ploermeur ostenta adornos del Renacimiento. Esta especie de consagración hecha por las creencias posteriores, ha salvado de una destrucción cierta muchos menhires; mas no se les tenga por ello como de una época posterior á aquella en que se erigieron. (1)

Piedras oscilantes.—Como los anteriores, hallanse en todas las regiones del mundo. Si fuesen propias exclusivamente de ese pueblo á que debemos los túmulos, dolmenes y monumentos megalíticos, era necesario creer que había llenado el mundo en las remotas edades. Consisten estos singulares monolitos en una gran piedra, cuya estrecha base descansa sobre el suelo en tal disposición, que un impulso un poco enérgico la hace perder el equilibrio y oscilar sobre aquella base. A veces, este impulso puede ser muy leve; tal es lo inestable de su equilibrio.

Quizá no hay monumento de esta especie que mayor interés ofrezca á los admirados ojos del vulgo, en quien causa maravilla el ver una roca de grandes dimensiones á que la mano del hombre hace moverse sin derribarla. De semejante admiración nace la diversidad de fines que se atribuye á las piedras oscilantes, y aún los eruditos en estas materias no han conseguido averiguar el destino probable de estos toscos restos de la antigüedad prehistórica. Con decir esto se comprenderá que abundan las explicaciones de los arqueólogos sobre un asunto oscurísimo, quizá más que todos sus aines. Un escritor ha visto en ellas, no sólo la imagen del mundo en el espacio, sino los principios elementales de la ciencia matemática: el abate Mahé, sabio como pocos en estas cosas, pero un tanto visionario, se inclina á suponer que servían para demostrar la fidelidad de las esposas y la casta pureza de las jóvenes; los etimologistas, que han analizado escrupulosamente el nombre que dan á estas piedras en Inglaterra, creen que señalaban los lugares de reunión ó asamblea de las tribus antehistóricas, y otros las atribuyen un fin religioso.

Es menester advertir que en la mayor parte de los casos son estas piedras, no una demostración de los progresos de la mecánica entre los celtas, sino un caprichoso juego de la naturaleza. Digo más, y es que acaso muchas piedras oscilantes fueron colocadas en tan extraña disposición por la mano poderosa de Dios durante los trastornos de las primeras épocas geológicas; pero luego los hombres las perfeccionaron y dejaron en ellas la señal de su labor é industria, como palpablemente se ve en diferentes casos. De todas maneras, causará asombro el saber que hay piedras oscilantes en Francia, cuyo peso se calcula en 500.000 kilogramos, y no es menor la famosa de West-Hoadley, en Inglaterra.

Alineamientos y cromlechs.—Una ó varias líneas de menhires, más ó menos importantes, que se dirigen hacia un punto, constituyen, como indica su nombre, los alineamientos. Terminan por lo común en un espacio, donde se ve un cromlech, círculo más ó menos perfecto, y que suele contener otros círculos ó elipses formados por piedras aisladas. Tampoco ha sido fácil hallar el natural objeto de estos vestigios, aunque han sido muy estudiados. Los famosos de Carnac (Morbihan), que usted ha visto, son los más notables que se conocen; pero los autores no convienen al explicar el objeto de aquellas 1.700 piedras, cuya mayor parte se han conservado en pie, á pesar de las injurias del tiempo y de los campesinos bretones. M. Penhouet ve allí la señal cierta del culto ofiolátrico, mientras otros, á cuya opinión usted se arrima, suponen que aquello es el recuerdo misterioso y vivo de una gran batalla, dada acaso para salvar la independencia de la Armórica, puesta en peligro por el valor y la ambición de los romanos. M. de La Sauvagère entiende que aquellas construcciones sirvieron como de defensa, adorno, etc., á un campo romano allí erigido, fundándose principalmente, con gran aplauso de usted, en que César, tan minucioso y

exacto en sus *Comentarios* de la guerra de las Galias, nada dijo de este monumento de Carnac, cerca del que consiguió una gran victoria. Yo tengo el sentimiento de apartarme de este parecer, que fija una fecha moderna á monumentos que son, á mi juicio, contemporáneos y análogos á los demás de que hago mención. (1)

En el centro de algunos cromlechs se levantan un gran menhir ó pelvan, á que las poesías de Ossian llaman «piedra sagrada del poder», como se advierte en el bello é interesante de Stennis, en una de las islas Orcadas. En otros, las grandes piedras están tan próximas entre sí, que ha podido unirse las por la cima con otras, formando una especie de arquitrabe corrido. Además del de Carnac, son muy notables el citado de Stennis, algunos muy toscos descubiertos en Alemania y el de Avebury, estudiado al mediar el siglo XVIII por el inglés Stukeley, (2) y considerado por algunos como el Vaticano de aquellos tiempos.

Galerías cubiertas.—Lisch explica su construcción y destino, diciendo que cuando un dolmen no bastaba para contener varios cadáveres, se le alargaba añadiendo varias piedras verticales y cubriéndolas con otras horizontales, y aumentando de igual manera y en una misma dirección estas construcciones, se formaba una galería. Atendiendo á su posición regular y por lo común geométrica, y á la perfecta disposición que algunas ofrecen, no es posible aceptar semejante teoría. Creo que pudieron ser lugares religiosos, enterramientos de muchas personas ó, en la mayor parte de los casos, entrada monumental y como litúrgica de los túmulos y dolmenes; por tanto, supongo que las galerías se construyeron por lo común á la par que esos otros monumentos, y como parte de ellos.

Dolmenes.—Constituyen los monumentos megalíticos de mayor interés histórico y arqueológico, y por eso hemos de hablar de ellos con alguna extensión. Consisten en varias piedras puestas verticalmente, y sobre las que descansa otra ú otras planas, formando una especie de mesa de muy variadas dimensiones. El más sencillo puede estar formado por dos piedras que soportan otra, en cuyo caso se llama *trilito*. *Semi-dolmen* se llamará si falta uno de los soportes, y entonces toca en el suelo uno de los extremos de la piedra de cubierta. Hay un pasaje de Estrabon, cuyo sentido, ampliamente interpretado, puede demostrar que los egipcios erigieron muchos trilitos; mas téngase en cuenta, para no incurrir en halagüeños errores, que la naturaleza ofrece ejemplos de trilitos y semi-dolmenes en que jamás puso mano la industria del hombre.

Los dolmenes han recibido denominaciones diversas. En Francia, además de la que hemos aceptado, siguiendo el ejemplo de la mayoría de los arqueólogos, se emplean las de galerías cubiertas, altares célticos y druidicos, etc. En Inglaterra se les llama á veces cromlechs, pero sin razón; en Dinamarca, *Stendysser* y *Fættestuer*; en Alemania, *Hunengraber* y *Altare*; en España y Portugal, de varias maneras los pocos que se conocen en Andalucía, Galicia y otras comarcas. (3) El nombre que ha prevalecido es el de *dolmen*, palabra bretona que vale tanto como tabla de piedra.

Un fervoroso arqueólogo, el barón de Bostetten, clasificó los dolmenes en dos grandes grupos: cubiertos ó descubiertos. Son los primeros, los que fueron sepultados bajo los montículos artificiales llamados *túmulos*, de que hemos de tratar con algún detenimiento; son los segundos, los que aparecen al aire libre, y á que propiamente lla-

(1) En una Memoria presentada al Congreso arqueológico de Francia de 1866, por M. Dhomme, tomo lo siguiente que se refiere á las virtudes atribuidas por el vulgo á esta clase de antiguallas: «Las unas, como la piedra de S. Waast y el Paso de S. Rieul, son objeto de veneración: otras, como la piedra mágica de Rosoy, tienen recuerdos de magia. Se da á algunas un origen legendario y burlesco: la piedra mágica de Rouville atrae en peregrinación á los novios, que aseguran la felicidad de su unión firmando el contrato sobre un ángulo determinado.»

(1) Batissier, *Histoire de l'architecture*: Gailhabaud, *Monuments anciens et modernes*: Dictionnaire archéologique de la Gaule, époque celtique, etc.

(1) Una tradición bretona dice que aquellas piedras alineadas fueron soldados paganos, á quienes San Cornelio, por ellos perseguido, redujo á tan lastimoso estado. Por eso llaman á aquellos monolitos *soldados de San Cornelio*.

(2) Titúlase su obra, escrita en 1743, *Acebury a Temple of the British Druids*. En el *Descriptive catalogue of the Antiquities* de Wilde, libro curioso y bien hecho, como pocos de su clase, se describe y reproduce (pág. 119 y 120) un curioso monumento militar de tiempo muy remoto, que más se asemeja á las construcciones pelágicas ó ciclópicas que á los llamados monumentos célticos. En la misma obra se reproducen muy notables objetos de la edad de piedra, más originales é interesantes que los hallados en Suecia y Francia. El Museo de la Academia de Irlanda, á que dicha obra se refiere, es notabilísimo, pero quizá en algunos de sus objetos han visto los peritos y M. Wilde lo que no hay. Pero la imaginación de los arqueólogos se asemeja con frecuencia á la de los poetas. En el mismo libro se trata del cromlech de Hazlewood; cuya disposición y planta son muy extrañas.

(3) Villamil y Castro, *Antigüedades prehistóricas y célticas de Andalucía*: Vilanova, y Góngora, obras anteriormente citadas.



mamos dolmenes. (1) Dicho escritor, divide después la primera clase en siete sub-clases, y en diez la segunda, enumeración que no he de repetir por ser prolija y poco adecuada á mi intento. Se ha pretendido que todos han sido cubiertos, y que la acción constante de las aguas, el deseo de buscar en su recóndito seno imaginarios tesoros y otras causas, los han desnudado de su primitiva cubierta. M. de Bostetten destruye completamente y con argumentos evidentes semejante doctrina, que en nada se funda, sin que pueda negarse que alguna vez han podido descubrir del todo estos monumentos los agentes atmosféricos ó el trabajo humano.

La singular construcción de estos monumentos, aún de los más perfectos, y las dimensiones extra-

(1) *Essai sur les dolmens par le Baron A. de Bostetten.* Ginebra, 1865.

ordinarias que tienen las piedras de que constan la mayor parte de ellos, hacen pensar al punto en las dificultades que habrían de vencer aquellas tribus atrasadísimas que los levantaron. Comprendemos difícilmente que los egipcios construyesen sus altas é incomparables pirámides, formadas por inmensas piedras, y que los indios del Oriente tallasen laboriosísimamente sus admirables hipogeos; pero al fin tenían conocimientos de mecánica y de artes; pero, ¿cómo no ha de causarnos admiración y asombro, á nosotros, que tanto orgullo tenemos con nuestros túneles y otras maravillas del trabajo, la construcción de obras megalíticas por un pueblo falto de toda clase de medios mecánicos, sin ideas científicas, y que apenas sabía tallar el jade y la cuarcita para conseguir el hacha tosca y la mezuquina punta de flecha? No se concibe bien que aquellos bárbaros primitivos, verdaderos salvajes quizá, que salían de las grutas ó dejaban el ligero

abrigo de sus tiendas, pudieran manejar estos grandes monolitos, clavarlos en el suelo, y, sobre todo, cubrirlos con esas enormes losas que pesan muchas toneladas, obligándoles á guardar un equilibrio singular durante muchas centurias.

Un arqueólogo coronado, Federico VII de Dinamarca, escribió hace algún tiempo una curiosa Memoria para explicar la construcción de estos monumentos. Según él, después de colocar las piedras de sostenimiento y para cubrirlas con la gran piedra superior, se llenaba de tierra el espacio interior del dólmen y se hacía además un plano inclinado, también de tierra, sobre el que, por medio de rolizos, se deslizaba dicha piedra hasta colocarla sobre los soportes, y logrado esto, que había de hacerse sin duda á fuerza de brazos y con mucho esmero, se limpiaba el interior y se quitaba el plano inclinado, mostrándose entonces el dolmen tal como hoy se conoce. De este modo explican



EL VALLE DE JOSAFAT

también algunos la construcción de las pirámides de Egipto.

La oscuridad que reina en cuanto se refiere á la edad de piedra, se extiende á esta clase de obras. Quizá, como son las más importantes, han merecido mayor atención de los escritores, y por tanto, han dado origen á mayor número de dudas. Como refiero estos monumentos de la edad de piedra, creo que son muy antiguos, aunque no tanto como los hombres de la época paleolítica, pues evidentemente demuestran cierta cultura. Me parece acertada la opinión que los atribuye á una época de transición, como parecen demostrar los objetos de piedra, bronce y aún hierro que en ellos y en los túmulos se encuentran. Los Sres. Nilsson é Hildebrand creen que proceden de la imitación de las cavernas ó grutas naturales, en cuyo caso, su antigüedad sería remotísima. El inglés Howrtoth los supone de origen caucásico. M. Alejandro Bertrand, el sabio arqueólogo francés cuyo ilustre nombre suena repetidamente en estos artículos, los atribuye á los celtas. (1)

(1) *Archeologie celtique et gauloise par A. Bertrand, 1876.* Este escritor remonta los principios de la edad de piedra en Europa á unos mil años antes de Jesucristo.

Ménos concordia hay entre los arqueólogos al señalar el objeto probable de estos monumentos. Generalmente son seguidas estas dos opiniones: ó servían de altares ó de sepulturas. En favor de ambos pareceres se alegan ingeniosos argumentos. Como Tácito y otros latinos atribuyen á los druidas el uso de los sacrificios humanos sobre las aras de sus divinidades, entienden algunos escritores modernos que esto era costumbre céltica, y que esos altares no eran otra cosa que los dolmenes. Los más fantaseadores añaden que las ranuras y concavidades que se ven sobre las tablas de algunos dolmenes, tenían por objeto hacer correr y reunir la sangre de las víctimas. Pero un escritor de estas cosas, que ha observado estas concavidades y ranuras en más de doscientos dolmenes, niega el aserto, porque implica gran número de víctimas. En cambio, de este hecho general deducen otros la exactitud del supuesto terrible. Bueno es añadir, para que cada cual abraza la opinión más conforme con su manera de ver, que se atribuyen los huecos y agujeros observados á la acción natural de las aguas del cielo, ó á la mano del pastor que á la vera de su rebaño pasa las horas trazando con el cuchillo, sobre las piedras en que reposa indolente, tocos dibujos. Mucho celebraría conocer la

opinión de usted, amigo mío, sobre este punto concreto. (1)

Termino por hoy haciendo notar que la distinción entre dolmenes aislados y dolmenes con galería cubierta, ha hecho presumir á algún anticuario, en estos asuntos entendidísimo, que pudieran corresponder á época distinta, siendo los segundos posteriores á aquellos. Las diferencias no se fundan solo en la galería, sino en la forma de la construcción, y también en ciertos hallazgos de objetos guardados en unos y otros. (2)

De usted siempre verdadero amigo
JUAN CATALINA GARCÍA.

LA CATEDRAL DE PALENCIA

I

Sobre las ruinas del antiguo Templo godo, que fué destruido por la invasión de los sarracenos después del milagro en cuya virtud el rey D. Sancho el Mayor restituyó el culto y la silla episco-

(1) Carro, *Voyage chez les celtes*, 1863; Barailon, *Monuments celtiques etc.*

(2) Así opina M. René Galles en su Memoria sobre el dolmen y túmulo de Manné-er-H'roek, publicada en Vannes en 1863.



BELLEZAS DE ESPAÑA



LA CATEDRAL DE PALENCIA (DIBUJO DEL SR. LANTADA)

pal á Palencia, y donde en el año 1120, por otro no ménos asombroso portento, San Pedro de Osma descubrió las reliquias de nuestro Patron San Antolin, en la cueva del mismo nombre; sobre este mismo sitio, levántase la iglesia Catedral, cuya primera piedra se puso el 1.º de Junio de 1321, asistiendo á dicha ceremonia el Delegado Pontificio, Cardenal Guillermo de Santa Sabina, acompañado del Obispo de Palencia, D. Juan; del de Bayona, Fray Pedro; del de Córdoba, D. Fernando; del de Leon, D. García; del de Segovia, D. Amato; del de Plasencia, D. Domingo, y del de Zamora, D. Rodrigo.

Obra del arquitecto Juan Buesgas, su forma representa una Cruz patriarcal, por los dos cruces que tiene; mide 404 pies de longitud, 170 de latitud, 100 de altura la nave mayor, y las laterales de 55 á 60.

El exterior de esta Catedral no produce el efecto que otras de su mismo género, como las de Burgos y Leon, cuyas aéreas torres, pináculos, obeliscos y rosetones, extasían la vista y sorprenden el ánimo del viajero. Sin embargo; la vista exterior de esta iglesia se manifiesta arrogante en su ábside y portadas de ingreso; debajo de los canecillos aparece el ábside circundada por una hermosa faja de escalas y sostenida por esbeltos estribos, en cuyos muros aparecen con arrogancia y pomposa magestad las anchas ventanas góticas, divididas por tres ó cuatro columnitas delgaditas, que sostienen el precioso calado de la ojiva, que son en este tiempo de una hermosura insuperable. Los múltiples botareles que, naciendo en las bóvedas laterales, salen sobre los tejados, marchan con gallardía y sirven de apoyo á la alta nave central. Al principio del ábside exterior está la puerta de ingreso denominada *de los novios*; es un trazado bello del gusto ojival, decorada con guirnalda de flores y terminando con un fronton y dos pináculos de crestería, encima de todo lo cual hay una franja admirable, y en su centro las armas de Fray Alonso de Burgos. Sigue la torre en la misma línea, maciza, cuadrada y sin gusto alguno. Se levantó despues de la mitad del siglo XII, como lo prueba su interior, que presenta los caracteres de aquella época, y es tan severa y fuerte, que aun cuando cayeran las trece campanas que tiene, no se resentiría su pavimento. Cinco campanas fueron fundidas en el siglo XVI y las restantes en el XVIII y XIX. Sigue despues en la misma línea la puerta episcopal, espléndida y elegante, decorada con tres filas de Santos, y multitud de coronas, follaje y flores, viéndose á los lados, sobre esbeltas columnitas y repisas, á los doce Apóstoles, con sus doseletes de crestería, ocupando el centro de la ojiva la Santísima Virgen. Adornan el espacio del tímpano superior bellas labores, donde se ven los escudos heráldicos de los Obispos Fonseca y Mendoza. Al otro lado del crucero ó plazuela del Hospital, está la puerta llamada de los Reyes, porque por ella entran solemnemente en aquella santa iglesia. Es esta puerta gótica en sus líneas, y plateresca en sus numerosos adornos, y está coronada con antepechos, hornacinas y estatuas del Renacimiento. La fachada occidental, que debia ser la más preciosa, no existe. Un muro de la altura de la nave central, con su ventana ojival y pilares adornados de crestería, es lo que constituye el adorno de esta fachada, viniéndola á afeitar la rústica puerta de ingreso con su cubierta ó tejado; pero, en cambio, al frente del pórtico se lee la firma del licenciado Bodigos, como maestro de tan desventurada obra. El pórtico lateral de la Epístola está cubierto, y en el del Evangelio se levantó en 1740 una capilla de gusto barroco, que es una berruga para esta hermosa iglesia.

11

Mas si en el exterior no puede compararse con otros monumentos de esta especie, ¡cuán bello, armonioso y admirable se ofrece á los ojos del cristiano y del artista el interior de nuestra Catedral!

Cuarenta y ocho columnas, hábilmente distribuidas, constituyen las tres naves de esta suntuosa iglesia. Es sorprendente ver la ligereza, la gracia y la prodigiosa altura de las columnas; diríase que se extienden y continúan hasta la misma bóveda, sosteniendo los nervios en que parece que ésta descansa. Los capiteles de las columnas están adornados con hojas de parra, yedra y rosa, y á veces

cúbrelos sargas de perlas, que con suma habilidad supieron imitar los artistas de la Edad Media. La esbelta y elegante nave central, en su parte superior se halla circuida por una hermosa galería ó andito que, por medio de una combinacion de delgaditas columnas que se apoyan en el antepecho, recibe con mucha gracia los preciosos arabescos ó lóbulos de la ojiva. Alumbran su bóveda grandes y rasgadas ventanas con lóbulos y ondulantes llamas, sublime ideal que concibieron los célebres artistas de los siglos XIV y XV.

Las arcadas de la bóveda están adornadas con brillantes rosetones de figuras alegóricas, y en su clave se ostentan los heráldicos escudos de los ilustres Prelados que más contribuyeron á la edificación de tan suntuosa obra. La nave mayor consta de diez bóvedas; la primera, que está en el ábside ó girola, está cubierta de otra bóveda más baja, coronando su frente un arco de medio punto lleno de arcadas múltiples, con adornos pendientes, sobre el cual hay una elegante balaustrada llena de preciosas labores, lo mismo que el interior de sus arcadas; esta hermosa capilla es la del Santísimo Sacramento ó Comulgatorio; el altar es plateresco y contiene los principales misterios de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre. Le costó doña Inés de Osorio, que está sepultada en su panteon gótico de madera y hierro, á la parte exterior del lado del Evangelio. La ornamentacion de esta capilla es debida á la munificencia del ilustre Prelado D. Antonio Rojas, año 1525. En el interior de esta capilla y en lo alto de la pared están los restos de doña Urraca, mujer de D. García de Navarra é hija de D. Alonso VII el Emperador (murió año 1189).

A la segunda bóveda la atraviesa el primitivo crucero, y en el centro ó clave están las armas de D. Juan II y de D. Juan de Castromocho.

La tercera y cuarta bóveda cubren la capilla mayor con los escudos heráldicos de los Obispos D. Sancho de Rojas y Sandoval y de D. Pedro de Castilla. El altar mayor es del Renacimiento más florido; compónese de cinco cuerpos y tiene veintiocho hornacinas con otras tantas estatuas, y en el centro están colocadas las de la Asuncion de Nuestra Señora y la de nuestro Patrono San Antolin; la madera es alerce incorruptible; la escultura es del maestro Abadia y las pinturas en tabla de Juan de Flandes, hijo (nacido en Palencia). Le costó el célebre Fray Diego Deza, dejando para tan espléndida obra 40.000 reales de oro; se principió en 1506 y se terminó en 1518. Cierra esta capilla mayor una magnífica reja de dos cuerpos, y los escudos heráldicos de D. Antonio Rojas y del Canónigo Zapata. En los costados de esta capilla hay unos preciosos panteones góticos; en el del Evangelio está el de D. Francisco Nuñez, último Abad de Usillos, y el otro de D. Alonso Enriquez, hijo del Almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez y Dean de esta santa iglesia; hay además una hermosa pintura en tabla con esmaltes preciosos, debidos á la creadora inteligencia de Alfonso Berruguete. En el costado de la Epístola está el sepulcro del Arcediano de Campos, D. Diego de Guevara. Sirve de ingreso á la capilla mayor por este costado un arco en esviaje, ejecutado admirablemente y adornado con una reja plateresca.

La quinta bóveda pertenece al crucero principal; adornada con brillantes rosetones, campear en su centro, en un grande escudo circular, las armas del ilustre Fray Alonso de Burgos, y en las cuatro naves á derecha é izquierda de dicho crucero las de la piadosísima señora doña Inés de Osorio. Este es el período más brillante de los Obispos Palentinos, pues se ve que desde 1485 hasta 1514, es decir, en veintinueve años, se edificó más que en ciento cincuenta que corresponden hasta su principio.

Las bóvedas sexta y sétima corresponden al coro, y en su centro se ostentan las armas del espléndido Obispo señor Fonseca. Cierra el coro de esta iglesia una admirable reja plateresca, debida á la gran inteligencia del célebre artista en bronce y hierro, Francisco Villalpando, hijo de esta ciudad. Cooperaron á su largo y portentoso trabajo, que fué desde 1540 hasta el día 7 de Octubre de 1591 (célebre batalla de Lepanto), los Obispos don Luis Cabeza de Vaca, D. Pedro Lagasca y D. Cristóbal Valtodano. La sillería es de lo más notable de la escuela ojival, y sobre todo, la silla del Pre-

lado es admirable por su crestería y por lo misterioso de sus detalles.

La joya más preciosa que corona el caudal artístico de este coro, es el órgano, debido á un humilde hijo de la obediencia de la seráfica orden de San Francisco, Fray Domingo Aguirre, único maestro en el arte de construccion de órganos, como consta en el rótulo que tiene al frente de él. La esplendidez del Sr. Fonseca se manifiesta en los costados del coro, y sobre todo en el trascoro. En el lado del Evangelio, sobre dos puertas preciosas, hay dos repisas caladas de arabescos; están Santo Tomás de Aquino y Santo Toribio Obispo, con sus preciosos doseletes de crestería, y en su centro la imagen de Nuestro Señor Crucificado, de tamaño grande; es obra del siglo XIII, y estaba antes bajo el patronato del duque de Abrantes. En el lado de la Epístola, sobre otras dos puertas iguales á las del anverso, con sus dos caprichosas repisas, están los Santos Lorenzo y Vicente Levita, con doseletes afiligranados, y en medio brilla un altar ojival dedicado á la Visitacion de Nuestra Señora y varios Santos Mártires. En la segunda arcada de la Epístola hay un altar plateresco con muchas estatuas, y en su centro las de San Pedro y San Pablo, obra del famoso Becerra. En el reverso ó lado del Evangelio, un precioso altar plateresco de Juan de Flandes; en el lado derecho están Santo Domingo y San Francisco, y en el izquierdo San Luis y San Hermenegildo, y en su centro un altarcito románico que figura el Apocalipsis con el Padre Eterno y los cuatro Evangelistas, en donde se ve el carácter típico del Cristianismo. Pero lo precioso, lo rico en detalles y lleno de fantasía, es el trascoro. Sobre dos puertas laterales, trabajadas con el mayor primor, están dos tarjetones que representan la alegoría de San Bernardo con la Santísima Virgen, y el martirio de San Ignacio á los leones, y bajo de doseletes y pináculos de crestería hay otras ocho estatuas de Santos, y en su centro, en la parte superior, brillan entre afiligranadas labores las armas del ilustre Sr. Fonseca, y tambien la de los Católicos Reyes, con el característico yugo y el haz de saetas; forman un conjunto admirable aquellas bandas, grecas y frisos del gusto plateresco, con la union de la primorosa labor ojival del gusto florido, y corona toda esta obra la perla de más valor: el soberbio Triciclo traído de Flandes por el Sr. Fonseca, que contiene en ocho tablas los siete dolores de la Virgen, y en medio la Compasion y San Juan, y al Sr. Fonseca orando. Este bellísimo altar es rico en colorido y detalles, y sirve de admiracion á propios y extraños. Gustavo Doré lo vió el año 1872, y admirándole dijo: «Tan preciosas son estas tablas, que no se pueden vender no siendo á peso de brillantes.»

Al pié del trascoro está la famosa balaustrada, que circunda la escalera que baja á la cueva de San Antolin, que viene á estar debajo del coro y parte de la valla que vá al altar mayor. No tiene más recuerdos artísticos que el altarcito de piedra bizantino con tres hornacinas, en una de las cuales, la del medio, está la estatua de San Antolin, del siglo XIV. En el pilar derecho que sostiene la bóveda novena, hay un púlpito con preciosas labores del Renacimiento, y con un tornavoz admirablemente ejecutado en madera de nogal. Es obra de Higinio Balmaseda, natural de Becerril de Campos. Gustavo Doré lo copió en 1872, y lleno tambien de admiracion, dijo: «esto habia que cubrirlo con un fanal y enseñarle cada semana una vez.» En la novena y décima, última bóveda, están las armas de D. Juan de Velasco, hijo de los Condestables de Castilla. En la nave lateral de la Epístola, frente al coro, está la puerta de ingreso del claustro, hermosa portada ojival, que tiene tres guirnalda de flores y follaje, viéndose en el centro de la ojiva á la Virgen en su silla, obra románica admirable. A los piés de esta nave, está la segunda portada de ingreso; es un arco plateresco en esviaje, y su puerta tallada en nogal, en cuyo centro se ve la entrada del Señor triunfante en Jerusalem; es obra de Alonso Berruguete.

Las capillas que tiene esta santa iglesia son diez y siete, con más otras siete recapillas, que llamamos, y suman veinticuatro. Principiando por el ábside, lado de la Epístola, está la pequenita de San Martin.

La segunda, que es mayor, de San Pedro, adornada con labores del Renacimiento, fué hecha á

costa de D. Gaspar Fuentes, Arcediano de Carrion, y allí está enterrado.

Sigue San José, con su lienzo de Palomino y altar corintio de mármol de Azpeitia, regalo que hizo el Sr. Mollinedo (allí enterrado); también costó el precioso pavimento de la iglesia y el no menos suntuoso palacio episcopal.

La cuarta ó central, es donde está el monumento de Semana Santa.

La quinta es de Nuestra Señora de la Blanca, con los tres panteones de los Arcedianos de Carrion, Alonso de Giron, Pedro Fernandez de Pina y Alonso Diaz de Tamara, que hizo construir el puente de Don Guarin. El primero de los panteones es románico, y los otros del más puro gusto ojival.

La quinta, de San Miguel, con un altar plateresco y una bonita estatua románica de Santa Ana, un frontal de precioso cuero de Córdoba, y un panteon románico, de una señora que no se puede saber quién es, por estar borrada la inscripción.

La sétima, es la de San Cristóbal, destinada para la pila bautismal.

La octava, de San Sebastian, con altar romano y recapilla, tiene un panteon de mármol y alabastro, de los Sres. Calderon de la Barca, y otro de mármol negro, de doña María de Villegas.

La novena, de San Jerónimo, con su recapilla; tiene altar romano con preciosos relicarios; en un panteon romano están los fundadores, D. Alonso de Córdoba y D. Jerónimo de Reinoso. Este señor donó á esta capilla el cuadro más apreciado de España; era original de Alberto Durero; contenia la destruccion de la sinagoga y el triunfo de la Iglesia Católica, cuadro que habia regalado Carlos V á San Pio V, y éste á su secretario D. Jerónimo. Fué arrebatado por el general Carrier, francés, en 1810, y en el pavimento de esta capilla, bajo de una losa de mármol blanco, está el último Obispo difunto, D. Jerónimo Fernandez y Andrés.

La décima, de la Santa Cruz, y su recapilla, tiene el altar barroco, y en su pavimento están los ilustres Prelados Arderico y Raimundo, y el que tan querido era viviendo en nuestros días, D. Carlos Laborda.

La undécima, de Santa Catalina, y su recapilla; altar barroco; un panteon plateresco del Arcediano de Carrion D. Diego de Berdeces.

La duodécima, de San Ildefonso, con recapilla; altar plateresco de Balbuena; aquí está el sepulcro del Arcediano del Alcor, D. Alonso Hernandez de Madrid, autor de la obra *Silva Palentina*.

La decimatercera, de San Gregorio, con recapilla; altares preciosos del Renacimiento; panteon de lo mismo, donde está enterrado el doctor Arce, Abad de San Salvador é insigne escritor de esta santa iglesia.

La decimacuarta, con su recapilla, de Santa Lucía; altar plateresco y un panteon del Sr. La Rua, y otro del Sr. Moyano, Obispo que fué á principios del siglo; y por último, la de las Reliquias, que por estar contra rúbrica y contra el orden de la iglesia, debe desaparecer, llevando á otra capilla todas sus preciosidades. El claustro se edificó á principios del siglo XVI; mide 155 pies de largo por cada galería, 16 de ancho y 50 de alto; es ojival; si bien no tan suntuoso como la iglesia. Cometeron un error en el siglo pasado, cubriendo de cantería la ojiva de sus arcos, llenos de arabescos preciosos. Al lado de la puerta plateresca está la entrada á la sala capitular; es esta sala espaciosa y severa, y sus bóvedas, tan atrevidas como admirablemente ejecutadas, están llenas de ricos adornos; en sus extensas paredes hay 32 cuadros, notándose en ellos algunos de mucho mérito.

Hay además bastantes cuadros en la iglesia de mérito y valor.

La sacristía está situada entre las dos puertas meridionales, ó sea debajo de la torre; es irregular y no corresponde á la iglesia. Tiene buenos cuadros, y entre ellos uno muy caprichoso, colocado en el respaldo de los cajones; es de óptica, y representa el retrato del Emperador Carlos V cuando entró triunfante en esta ciudad el año de 1522. Tiene ricos ornamentos, especialmente seis, de los siglos XV y XVI, llamando sobre todo la atención el titulado *Cabeza de Vaca*, porque es de un mérito y belleza incomparables. Posee ricos vasos sagrados; pero lo sorprendente, sobre todo, es la mag-

nífica Custodia donde se lleva al Señor en triunfo el día del *Corpus*. Esta Custodia es de dos épocas; lo exterior del siglo pasado, y lo interior del XVI; lo primero fué costado por D. Andrés de Bustamante, y lo interior por el Sr. D. Alvaro de Mendoza, y los señores hermanos D. Antonio y D. Ambrosio de la Canal, Canónigos que fueron de esta santa iglesia. Su forma es de la manera siguiente: sobre una plataforma de dos metros de altura y dos y medio de largo por cada costado, hay una base cincelada, de plata, con cuatro columnas corintias, del mismo metal, que reciben el arquitrabe, el friso y cornisa sobre que descansa una media naranja, terminando ésta con un jarron de azucenas de plata, y en su interior, sobre rayos brillantes, está una paloma, figura simbólica del Espíritu Santo; debajo de la cornisa, como formando un pabellon, tañen siete campanillas por banda. Pero lo admirable y precioso es lo interior; sobre una base exágona, elevase la gran Custodia de Juan de Benavente, la cual mide metro y medio de altura, y tiene tres órdenes de arquitectura; el primero y principal es corintio y su forma es exágona. Circundando la los doce Apóstoles, de ocho pulgadas de altura, y sobre los capiteles de sus columnas salientes están los seis Doctores de la Iglesia; encima de la cornisa están seis Angeles con instrumentos músicos. El segundo cuerpo que sigue es de orden compuesto; su forma es octógona, con columnas pareadas, y en su centro está la estatua de San Antolin, y sobre los capiteles de este cuerpo dos Angelitos que sostienen en su medio los escudos heráldicos, en esmaltes bellísimos, de los fundadores de tan preciosa Custodia. El tercero y último, es de orden jónico, de forma exágona, con columnas estípites.

Este cuerpo, que figura una torre, tiene en su centro una sonora campanita, terminando con un airoso capitel y cruz.

Aún más bello y admirable es el corazon de esta gran Custodia, esto es, el viril donde se coloca la sacratísima forma. Es un templete en miniatura, como de doce pulgadas de alto, de forma exágona, con columnitas de estípites, análogas á las de su pedestal. Su base, zócalo, friso y media naranja están adornados de preciosos y desconocidos esmaltes, y su cerco interior, de esmalte bellísimo, contiene esmeraldas, rubíes y perlas. Viendo esta custodia Gustavo Doré el año de 1872, dijo: «este artista que la hizo, es el príncipe de los plateros del siglo XVI: tan preciosa y delicada es la obra, que oscurece á todas las del tan renombrado Chelini;» y despues añadió: «Cuatro cosas hay en esta Catedral que son de primer orden: la Custodia, el Tráctico del trascoro, los tapices del Señor Fonseca, y el terno de Cabeza de Vaca.»

Al concluir estas pobres líneas se me ocurre una observacion, que debo consignar. El que quiera percibir una sensacion artística admirable, visitando nuestra iglesia, colóquese á los pies de su nave central y contemple lo elegante de sus ojivas, que se pierden en la altura, la filigrana de su trascoro y lo precioso de sus arabescos en los anditos como que los cubren cortinas de encaje del más exquisito punto de Alençon; pero al contemplar tanta belleza sentirá el espectador un profundo vacío en aquel cuadro: á esta hermosa perspectiva le faltan los cristales de colores que prestan á esas obras de la Edad Media un tinte incomparable de sublimidad y de poesía.

PEDRO SALDAÑA.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuacion)

—Mas ¡ah! pensaba el marqués; en cuatro años ese jóven obtendrá quizás una cartera de ministro, ó por lo ménos un gobierno de provincia...

Cuando el ayuda de cámara hubo terminado la operacion, y quedó abotonado todo el traje con botones de brillantes, el señor Noyal se frotó las manos, y concluyó diciendo:

—¡La señora condesa de Lacuzan!.. Cosa es que puede ser... ¡Y yo que creía que el conde pensaba en María!

Preciso es confesar que Blanca se conducía de la manera más á propósito para entretener á su padre en semejantes pensamientos. Tan pronto como vió de lejos á Enrique bajo los emparrados, se dirigió hácia él gritando:

—¡Oh, qué felicidad! ¡Ya está aquí mi Lacuzan! No parecia sino que Lacuzan era suyo.

Y no contenta con eso, se le colgó del brazo sin miramiento alguno.

—¡Qué hermosa estás, Blanquita!—la dijo el conde.

Blanca cogió su vestido con las dos manos, y le extendió como para hacerle ver mejor. Despues se volvió de espalda, sacudiendo los floridos bucles de sus cabellos para que Lacuzan pudiera admirarla tambien por detrás. Y por último, dió una vuelta alrededor de Lacuzan, que estaba de uniforme de teniente coronel, diciéndole:

—Pues ¿y tú?... Racimo de diamantes, botones y penachos... no te pareces nada á tu retrato.

Cuando se hablaba de este retrato, el semblante del conde se entristecía siempre un poquito. Blanca le llevó hácia un banco y se sentó á su lado.

—He estado pensando en tí toda la semana,—le dijo, fijando de plano sobre él sus grandes ojos negros y sonriendo dulcemente.

—¡Ah!—dijo el conde.

—¡Sí, yo te quiero mucho, Lacuzan! ¡Me alegraría tanto de verte dichoso!

Lacuzan la apretó sus manecitas entre las suyas, murmurando con emocion: ¡Hija mía!

—Ya sé que soy una niña,—repuso Blanca;—si no fuera una niña, no podría hablarte así.

—¿Por qué?

—Yo no lo sé, ni me importa el no saberlo... Pero es menester que me digas tu secreto, Lacuzan.

—¿Mi secreto? No tengo ninguno.

Blanca le tapó la boca con la mano, y le dijo:

—No mientas, que es pecado.

—Yo te aseguro...

—Cállate. Yo no quiero que me digas nada.

La niña tomó una actitud digna y reservada. Lacuzan quiso volver á cogerla la mano, y ella no hizo resistencia: estaba como distraída.

—¿Estás enfadada conmigo, Blanca?—la dijo.

—No... pero tú me has dicho el día pasado: «Yo llevo la desgracia á las personas á quien amo.»

—¿Y tú has tenido miedo!

—Bien sabes tú que no. Yo no tengo miedo, ni por mí, que soy tu hermana, ni por María, porque yo tengo confianza en tí. De lo que yo tengo miedo es de que tú seas desgraciado...

Blanca se detuvo un momento: Lacuzan guardó silencio.

—Oye,—continuó la niña;—¿te molestaria si te preguntara qué significaban aquellas palabras: «Yo llevo la desgracia á las que amo?»

—Si me pruebas que ya no eres una niña, yo no te trataré ya como á una niña,—replicó Lacuzan, como queriendo eludir la respuesta.

—Responde sí ó no,—insistió la jóven.

—Pues bien... ¡Sí!—prorumpió Lacuzan como haciendo un esfuerzo;—eso me molestaria, y bien sabes tú por qué.

—¿Por eso nada más?—volvió á preguntar Blanca.

Lacuzan frunció el entrecejo. La niña reclinó la cabeza sobre el hombro del conde, murmurando:

—¡Eres el más leal, el más valiente y el mejor de los hombres! Pero tienes razon,—añadió, tornando á levantar de pronto su frente vivaracha;—hago mal en hablar de todas esas cosas como si fuera una solterona. ¡Cuánto charlamos sin sustancia, Lacuzan!.. ¡Calla! Mira los caballeros y las señoras que llegan. ¡Dios mío! ¡qué elegantes! La vizcondesa de Galironet viene hecha un brazo de mar, cuando no es más que un arroyuelo. El señor de Chateautruel viene hablándola. Escucha: ¡Can-can, can-can! Todavía no se ha curado de ese reuma del cerebro que padece desde hace cincuenta años... ¡Ah, mira! Leía yo ayer en mi geografía que hay arrecifes de coral. La señora de Margamel ha debido encontrar alguno en el estanque de su jardín. ¡Mira cómo viene cargada de varitas encarnadas!

—Pero, mira, Lacuzan,—volvió á repetirlo.

Lacuzan estaba ensimismado. Al despertar de su abstraccion vió cómo la escalinata y los terrados y las praderas se cubrian ya de elegantes damas y de apuestos caballeros. Comenzaba la fiesta.

